



ECUADOR (Fragmento)  
Diego de Ávila  
(Estuario, 2017)  
TXT MADRE, 10/2018

Estuve pensando en mi cumpleaños.

Afuera, los arbustos que rodean la casa son de un verde oscuro, vigoroso, creo que estamos en los últimos días de la primavera. Las hojas de alguna manera saben que la propia primavera va a matarlas, ese no es el tono de verde con el cual empiezan a emerger después de las últimas heladas. Están esperando algo, han aprendido a esperar de otra manera, están cambiando de color. Diciembre. O enero. Cuando yo nací también era verano pero el viento había traído una marea fría y las ruedas de los autos, por la escarcha, permanecieron pegadas a la calle, nadie podía transitar. Mi madre trabajaba en un hospital, y nací ahí. Di al mundo mi primer llanto a las doce de la noche, de tal modo que las parteras no sabían si anotarme en el día anterior o en el corriente, y mi madre ordenó a los gritos que se me pusiera el día anterior, había logrado levantarse por sí sola de la cama y nos perseguía, tambaleándose: ella me inventó el día de mi cumpleaños. Yo me dediqué olvidarlo toda la vida.

A veces llegaba a casa de la escuela, con mi moña azul desprendida, completamente borracho, y todo lo que quería era darme un baño de agua caliente y meterme en la cama, pero del otro lado de la puerta mi madre me esperaba con una fiesta desopilante. Había contratado a la vecina del apartamento de abajo, a mis tíos, a las monjas que participaron en mi bautismo, tenía peceras y perros de mi edad, y mi madre con una sonrisa en la boca, grande como la luna en los meses verdaderos, hablaba de mí, me informaba sobre todo lo que siempre me gustaría. La primera vez que sucedió estuve a punto de echarme a llorar, y me cubrí los ojos, tironeando de la camisa de las personas, aparentando que en realidad no quería saber lo que sucedía. Pero lo cierto es que estaba pensando en eso. ¿En qué mes se celebraban aquellas fiestas?

Viví deambulando entre cosas pasajeras. Mi madre era la que sabía estarse en casa. Yo, en cambio, me propuse inventar el día de hoy. Practicarlo, reincidir; nunca fui muy bueno en esto. Generalmente me quedo en la planta baja y dejo que el día transcurra, miro por la ventana de la cocina el viento que planea sobre los senderos junto a la casa, o recorro el bosque con la mirada, hasta que termina a los pies de aquellos pinos salvajes, amurallados. Ellos apuntan al cielo, en dirección a la ventana de

mi cuarto, desde donde podría ver al mar gateando por la arena y echando sobre mi casa y sobre los árboles un penetrante vapor salino. Pero no hago nada más; salvo cumplir con la regla de no subir a mi habitación hasta la noche, cuando ya no pueda más de sueño.

Camino por la sala principal e intento concebir una imaginación cualquiera. Por ejemplo un grupo de personas, enloquecidas de calor y sed, apareciendo por el túnel que forman los arbustos camino a la playa. Trato de imaginarme sus rostros y color de pelo. Uno de ellos va a decir algo, pero su voz no tiene entonación alguna, y es mi propia voz cavernosa y ancha la que baja el volumen y aterroriza a un grupo desesperado de naufragos. Sus rostros. Todos se vuelven al mismo tiempo para mirarme. Los gestos desencajados. No puedo reconocer a ninguno; en un segundo presto atención al sujeto rubio de la izquierda, y al segundo siguiente ya no es él; una mujer lo cubre con una manta y la manta desaparece; una niña se mete una flor amarilla en la boca y comienza a mear con genitales masculinos; se agolpan unos sobre otros, y de inmediato se pierden entre la vegetación.

Abro el grifo y me sirvo un vaso de agua. Cuando vuelvo a levantar la vista ya no me importa. No lo

hice bien. La niña era una compañera de natación, de cuando era pequeño. El hombre rubio era un amigo de mi padre. La manta no es mía, pero dormí con ella en la época más prodigiosa de mi vida, cuando jugábamos con mi primo a destejarla y tejerla diferente, y le hacíamos creer a mi prima que la manta había cambiado de color durante la noche.

Todo prestado.

Hago lo de siempre mientras invento que es el día de mi cumpleaños. Después de todo, estuve pensando en eso. A las pocas horas ya lo he olvidado otra vez. Cuando cae el sol espero a que las nubes rosadas desaparezcan y subo a mi habitación enfermo de ansiedad. Me cuesta trabajo dormirme; a esta hora el corazón me empieza a latir con una excitación incontrolable.

\*\*\*

Hoy las persianas de mi ventana estaban cerradas y vi un mar interior que bullía y corría detrás de mí.

\*\*\*

Hoy me desperté con otro sueño en la cabeza y lo recorrí bajo las sábanas con esperanzas débiles de

recordarlo, pero podía sentir el final y me interesaba mucho (y me conformaba con humildemente solo) saber de dónde venía, cuál era la historia original que desembocaba en esa.

\*\*\*

Hoy el mar estaba lleno de gaviotas nadando.

La ventana de mi cuarto ayuda en gran medida a convertir cualquier visión en un paisaje especial: las gaviotas bollaban tranquilamente como pelotas abandonadas, no había viento, e iban y venían sin invadir el espacio de las otras. Demasiadas gaviotas para un perímetro de agua tan reducido, pero cada una, sin embargo, desembocaba en el mundo con naturalidad.

\*\*\*

Hoy el mar, lleno de tormenta y más violento aun que en la visión del viernes, había desparramado una gran masa de espuma hasta la orilla, escapado, como un demente libre, y amenazaba, lloraba y se arrojaba poderosos golpes desesperado.

\*\*\*

Hoy el mar parecía un semicírculo celeste. El sol se detuvo en unos de los anillos de la costa y las coloraciones lo plastificaban, lo demoraban, hacían que los elementos a su alrededor se pusieran a suplicar porque regresara pronto.

\*\*\*

Hoy el mar parecía envejecido, como si estuviese a punto de renunciar a todas las cosas que separa.

\*\*\*

Ahora sí, finalmente comenzó a llover.

\*\*\*

Estuve pensando en una ceremonia primitiva que presenciábamos en las cuevas de Sorata, varios kilómetros lejos de la ciudad, y a través de cuatro cataratas consecutivas, cada una más vieja y más solitaria que la anterior. Como final del primer ciclo del Colegio Hermanas Capuchinas, decenas de estudiantes fuimos seleccionados para viajar hacia

las tierras de Bolivia. Subimos a un ómnibus que inició la marcha con un aroma enrarecido por los saludos de despedida, que eran breves y arbitrarios, como pronunciados para que cayeran pronto en el olvido, pero que justamente por eso reaparecían súbitamente durante todo el viaje: no había motivo tan alejado que nos los hiciera olvidar completamente. Éramos acompañados por miles de padres y madres, pero por alguna razón en las fotografías que conservo solo aparecen los míos. Hubo de todo: las maestras nos hacían sacar los mapas y podíamos ver cómo nuestro país comenzaba a rajarse y el papel se cortaba rumbo a Bolivia. El corredor del ómnibus era invadido por un ventarrón de valentía y temeridad. Algunos de nosotros nos mesábamos la barba altaneramente y recordábamos los tiempos en que cosas como estas eran imposibles. Nuestros tiempos corrían, estábamos obsesionados. Qué frenesí. Los amigos me empujaban encima de mis padres y el chofer gritaba hurras, sacudido, mientras empinaba el capó del ómnibus por la montaña que lleva hasta el altiplano.

Hace días que cae la helada, quizás por eso me acordé de las cuevas. O del viaje. O de las puertas de Maldonado. O de mis padres. Aunque, ¿por qué?

Hace un tiempo decidí que abriría la puerta alguna vez, para que la casa se ventile, y también para



observar un ángulo distinto de las cosas; todo el año suceden igual a través de la ventana. Cuando quise hacerlo, antes del mediodía, la madera maciza de la puerta tembló bajo los sacudones que, un poco histérico y un poco desinteresado, le infringí tratando de separarla de la casa. Pensé enseguida que el aguanieve había entrado en la cerradura. Solo se desprendió un polvillo de madera seca que el viento barrió en seguida. Recién a la tarde, quizás por alguna presión del aire, la puerta se entornó delicadamente y yo sonreí conmovido y me moví hacia ella y la cerré, pensando en las cuevas de los indígenas de mi infancia, y en el ómnibus con escaleras que recuerdan mis padres y que me cuentan con todo detalle. Habían quedado impresionados por las ceremonias de Sorata. Ellos siempre supieron explicarlas maravillosamente. Yo en aquel momento me sentía demasiado agitado como para sentarme a contar una historia: era simplemente un muchacho que corría a toda velocidad.

En las historias de mis padres el aguanieve caía en los salares de Uyuni, en las ferias callejeras, en los perros abandonados en las montañas, y era toda una monstruosa superficie blanca, un espectro irregular que mirábamos desde los hoteles. Nos poníamos en viaje durante la noche, cuando todo era

oscuro, y la desolación boliviana se extendía a lo largo de una sombra parecida a la nuestra, pura comodidad, y yo subía y bajaba por las escaleras del ómnibus y era imposible, decía mi padre, mantenerme quieto, era imposible, decía mi madre, explicarme dónde quedaba nuestra casa vista desde allí, y los dos se reían a carcajadas porque decían que yo miraba como un tonto por la ventanilla hacia un zanjón abismal que corría a nuestro lado, pero que estaba tapiado por la noche, y lo que yo hacía era sonreír.

\*\*\*

Volví a recordar las puertas abiertas de Maldonado, cuando el ómnibus entró en mi casa y fuimos a Bolivia, llenos de coraje, para presenciar las ceremonias de Sorata.

Cuando pasamos por la capital del país, y la evidencia de que estábamos llegando ya era imposible de ocultar, una maestra se colgó una toga roja alrededor del cuello y recorrió el pasillo de la planta baja. Nos rozaba suavemente con una vara que había conseguido en el país, delgada y fría como sus propios brazos. Un amor rugoso que salía de su cuerpo nos hacía sentarnos. Yo la perseguía hipnotizado, se me iba la vida con ella y me sentaba en el piso para

obstaculizarla. Me ponía en marcha cuando ella regresaba sobre sus pasos y me volvía a ubicar en su camino. Tenía una boca profunda, constantemente abierta, llena de palabras suaves. Yo la guardo en mi corazón con perplejidad.

El brazo de una joven maestra rodeaba los hombros de un niño que se hallaba sobre la ventana. El muchacho descansó la cabeza sobre sus senos y los dedos de la maestra, como corrientes tibias, se metieron dentro de su cabello revuelto y se deslizaron por la nuca bajo el uniforme escolar. Buena parte de los pasajeros se encontraba inmersa en sus asientos, pero a mis padres parecía que les faltaba el aire, emitían ruidos silvestres iguales a los de las aves cuando sobrevuelan una nube que no tiene escapatoria, el cielo pasaba por las rendijas del techo y las sombras de las montañas se nos metían en la ropa. La maestra de la toga roja se ubicó en un punto elevado y nos dio un sermón, que a la vez era una clase de historia, y que era también un cuento infantil.

Nos dijo: “Alumno, pienso que tus compañeros son tremendamente sedentarios. Son como conquistadores, pero también son como terratenientes. Es decir, se expanden y avanzan por territorios hostiles, pero solo para unirlos al Imperio, para estar siempre en

el mismo lugar. No es propiamente un viaje lo que hacen. Y entonces están desconcertados de que tú estés siempre tan lejos de casa, que no te acuerdes ni de cómo es, ni cuáles son sus muebles ni te importe quién esté durmiendo en ella. Yo no te juzgo, sino que los justifico a ellos. Soy buena justificando. Soy mejor y mejor en eso cada vez.”

\*\*\*

Hoy a la mañana el mar traía desechos que probablemente han estado siendo arrojados una y otra vez en diferentes playas del mundo. Trozos de madera que podrían ser patas de una mesa, y otros más pequeños, ahuecados, como si les cupiese una hoja dentada y fuesen los mangos de un cuchillo. Estuve frente a la ventana durante varios minutos y cuando bajé las escaleras me pregunté por qué: nunca me toma más de unos pocos segundos revisar el paisaje matinal del mar, luego de eso descansa una parte importante de mis asuntos y no sufro la necesidad de volver a él.

Debajo, en la cocina, noté cómo la helada estaba cambiando de color. Al otro lado de la ventana se podía ver al suelo tragándose la escarcha derretida. Resoplé aliviado y me dije que al fin podía dejar de

preocuparme por las condiciones de la puerta. La altura de la escarcha derretida, la inundación, estaba creciendo pero hacia abajo, hacia el centro de la tierra. Tenemos un suelo muerto de sed. Recuerdo que cuando de niño llegamos a Sorata y el aguanieve comenzó a derretirse, las copas de los árboles se asomaron sobre la superficie del lago cristalino en el que de pronto se transformó Bolivia. Allí el suelo no quería llevarse nada. La altura de la inundación estaba marcada por una misma línea horizontal dibujada sobre las puertas de las casas, sin la más leve ondulación. Como si nada en todo el lugar estuviese respirando siquiera.

Ahora una nube despeja el cielo y se lleva hacia el oeste el hilado de rayos y los estruendos más lejanos que he visto. Por la esquina superior de mi ventana se levanta el sol entre esfumados rosados y grises. La nube desaparece. Era igual a las nubes de los dibujos animados que persiguen personajes con mala suerte. O como los personajes de los dibujos animados que pasean un globo de diálogo con rayos y truenos y parece que estuviesen insultando pero en realidad están hablando de la tormenta.

\*\*\*

Cuando llegamos a las cuevas los túneles rocosos estaban llenos de computadoras abandonadas. Recorriamos, apretados por la estrechez del camino, senderos que se bifurcaban y cataratas que caían desde la superficie. El aguanieve derretida encontraba acantilados y se ponía a dar vueltas por el interior. Mi padre me tomaba por el cuello y me empujaba, me sostenía por el hombro y me arrojaba hacia adelante. Luego de la cuarta catarata, llegamos a un sector amplio en donde las paredes de la cueva se lucían con brillos extraordinarios, cegadores, y en su centro se tendía una mesa con manteles indígenas y se anunciaba el comienzo de la ceremonia.

Nos sirvieron una canasta llena de lo que parecían ser diminutas piedras ovaladas. Era una comida indígena, una fruta tradicional plantada lejos de las ciudades mayores, sin técnicas de riego ni cuidados: era lo que los indios le pedían silenciosamente a los túneles que cavaban dentro de la tierra, y la tierra simplemente lo daba. Uno de ellos cerró la mano sobre uno de los frutos y se lo metió en la boca. Estiré los brazos en la figura estrellada que todos conformábamos girando sobre la canasta, y lo que tenía el aspecto de un objeto rocoso se abrió blandamente con el primer mordisco; la garganta se me llenó de una corriente tibia, pero el sonido dentro

de mi boca fue grosero y gutural. Los ocupantes de la cueva comenzaron a dar alaridos.

Chiquilines, tengan paciencia, dijo la directora del Colegio, al final de la ceremonia se ofrecerán computadoras para que todos los alumnos puedan comunicarse con sus hogares. Una cholita sonríe mientras camina cojeando delante de la maestra y grita: ¡es la hora, adelante, llamen a sus padres, escribanles una carta! Entonces los estudiantes echan a correr. Yo me siento tremendamente inseguro, paseo por el centro de la cueva vacía y miro, desconcertado, hacia las escalinatas que forman las piedras, donde mi padre y mi madre se abrazan. Anda, dijo mi madre, mándanos un mensaje bonito.